

pero ninguno hacía cosa de provecho. Entretanto el gobernador y el cadí conversaban en alta voz de una á otra orilla: los jinetes de ambas escoltas recorrían las márgenes del río en busca de los fugitivos: las bestias de carga vadeaban el río formando una dilatada hilera, con el agua hasta el cuello: los trabajadores cantaban las alabanzas del profeta, y sobre la opuesta banda se levantaba una inmensa tienda azulada, debajo de la cual los criados de Sid-Bekr-el-Abbassi se apresuraban á disponer un exquisito almuerzo de higos, dulces y té, que contemplábamos por medio de los anteojos, haciéndonos agua la boca, en tanto que canturreábamos el coro de una ópera semiseria, compuesta durante los ocios de Fez con el título de: *Los italianos en Marruecos*.

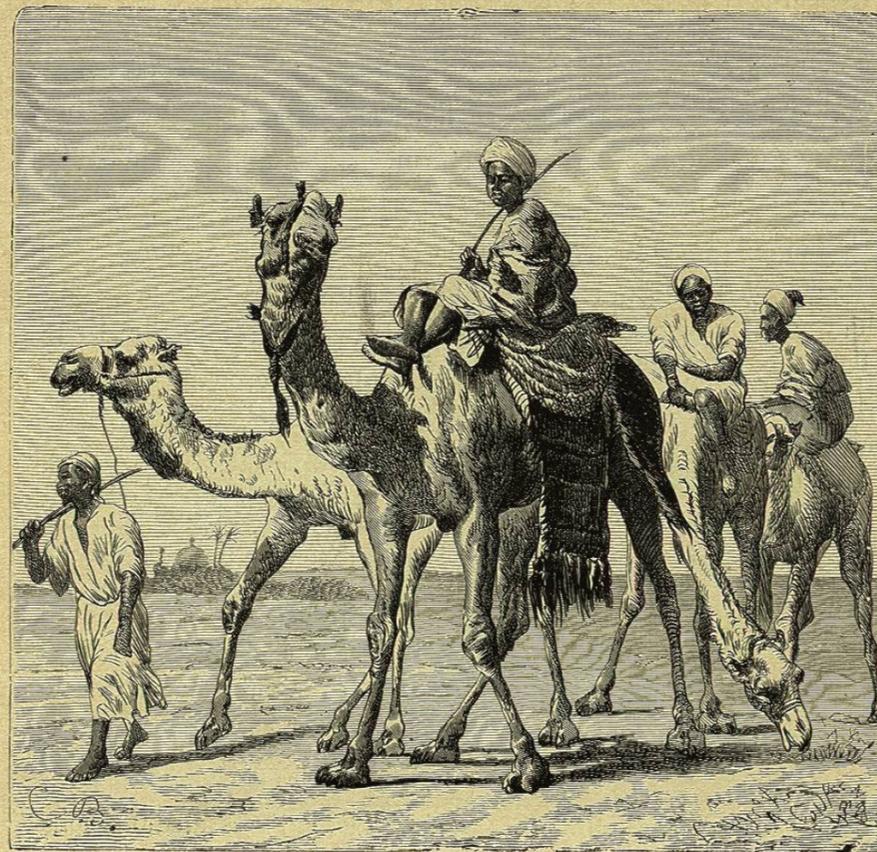
Con ayuda del Profeta, la barcaza estuvo en disposición de poder prestar servicio al cabo de dos horas: Ranni se nos cargó á cuestas, y fuémos depositando en la proa el uno después del otro, y llegamos felizmente á la opuesta orilla sin más percance que tener los pies metidos en el agua hasta el tobillo, gracias á la que se introducía por todas partes; pero sin haber tenido que echarnos al río, de lo cual no estábamos muy seguros cuando penetramos en el leño.

El gobernador Sid-Bekr-el-Abbassi, que había sabido cuanto bueno dijera de él al Sultán nuestro embajador, estuvo más amable y agasajador, si cabe, que la vez primera. Después de haber descansado un momento, emprendimos de nuevo el camino hacia Karia-el-Abbassi, donde llegamos á medio día, y fuimos recibidos y pasámos las horas de más calor en aquel aposentillo blanco en el cual hacía treinta y cinco días habíamos contemplado la linda cabezuela de la hijita de nuestro huésped, asomándose por detrás del turbante de su padre.

Aquí Sid-Bekr-el-Abbassi presentó al embajador, entre otros personajes que no hay para qué mencionar, un moro de unos cincuenta años, de aspecto distinguido y maneras simpáticas, que, según presumo, ninguno de nosotros podrá olvidar jamás, sino por lo que personalmente á él se refiere, por lo que nos contaron respecto de su familia. Era hermano de un Sid-Bomedí, antiguo gobernador de la provincia de Ducalla, que hacía ocho años gemía en las cárceles de Fez. Tirano y derrochador desenfrenado, después de haber desangrado á su pueblo á fuerza de exacciones, contraído ruinosos empréstitos con especuladores europeos, acumulando deudas sobre deudas, arruinado, en suma, su propia casa y las ajenas, fué conducido á Fez por mandato del Sultán, que creyéndole dueño de inmensos tesoros, había hecho arrasar su morada, escudriñar las ruinas y excavar hasta los cimientos, y desterrado de la provincia, bajo pena de muerte, á todos los individuos de su familia, temeroso de que, conociendo el lugar donde se hallaba escondido, se apoderaran un día del dinero. Mas como no se hubiese logrado encontrar el tesoro que se buscaba, probablemente porque no existía, persistiendo el Sultán en la creencia de que había de existir, y que el preso no lo quería revelar, éste no había vuelto á ver la luz del sol, y estaba probablemente condenado á morir en la cárcel. Es indispensable consignar ahora, que el caso de Sid-Bomedí dista mucho de ser extraordinario entre los gobernadores de Marruecos, los cuales, cual más, cual menos, enriqueciéndose á costa de sus administrados, proporcionan constantemente al gobierno, que pretende apoderarse de sus riquezas, la ventaja de poderlo hacer so color de castigar á un culpable. El gobernador ó el bajá que se ha puesto el Sultán entre ceja y ceja, es llamado amistosamente á Fez

ó á Marruecos, ó sencillamente detenido de noche, por un escuadrón de soldados imperiales, que á marchas forzadas lo conducen á la capital, atado supino á la grupa de una mula, con la cabeza colgando y el rostro expuesto al sol. En cuanto ha llegado, se le carga de prisiones y se le encierra en una mazmorra. Si revela el lugar donde ha ocultado el tesoro, es de nuevo enviado con todos los honores á su provincia, en la cual, al cabo de poco tiempo, extremándose más que la vez primera, puede rehacerse del golpe que ha experimentado. Si no lo revela, se le deja pudrir en su calabozo, donde se le apalea despiadadamente una vez al día, hasta tanto que, reducido al último extremo, se resuelve á hablar para no morir entre cadenas. Dado que sólo descubra una parte, se le apalea también mientras no se decide á hacer una revelación completa. Algún gobernador, más ladino ó avisado, oliendo á tiempo el nublado que se le viene encima, procura conjurarlo, trasladándose personalmente á la corte, seguido de una larga recua de camellos y de mulos cargados de dones preciosísimos; pero como para hacer semejantes agasajos, no tiene más remedio que invertir una gran parte de sus propias riquezas, resulta que su salvación no es por esto más ventajosa á los intereses de la provincia puesta bajo su gobierno, de lo que resultaría á su regreso de la cárcel, si se hubiese visto despojado á la fuerza de sus tesoros. Gobernadores hay que mueren en la cárcel sin que sean parte á hacerles descubrir el lugar donde ocultan sus riquezas, los castigos que se les infligen, puesta la voluntad en que se apodere del tesoro su familia que, conociendo el lugar en que se halla oculto, lo descubrirá oportunamente; no faltando algunos que mueren, porque realmente nada tienen que revelar. Sin embargo, es preciso convenir en que éstos son muy pocos,

porque en Marruecos es costumbre muy generalizada la de esconder riquezas, siendo los moros águilas en el oficio de imaginar maravillosos escondites. Háblase de pingües tesoros



Caravana de camellos

ocultos bajo el dintel de la puerta de la casa, en las columnas de los patios, en los peldaños de las escaleras, en las jambas de los ajimeces, de casas demolidas hasta los cimientos, sin dejar piedra sobre piedra, sin que se pudiera dar con un tesoro que se sabía positivamente estaba en ella escondido; de esclavos muertos y enterrados secretamente después de